

## AGENDA CIUDADANA

### LOS ANIVERSARIOS DEL PRESIDENTE CARDENAS

Lorenzo Meyer

#### **Aniversario.**

Los aniversarios no son otra cosa que razones para detener la rutina y reflexionar en torno a lo realmente importante: los valores que deben guiar nuestra vida cotidiana. Acaba de tener lugar el 57 aniversario de la expropiación petrolera y el próximo 21 de mayo se cumplirán cien años del nacimiento del general Lázaro Cárdenas del Río. Ambos acontecimientos invitan a la reflexión sobre la agenda nacional... o la falta de ella.

Las celebraciones dicen tanto sobre aquello que se celebra como sobre la naturaleza del presente y de los celebrantes. Para comprobarlo, no tenemos más que recordar las "Fiestas del Centenario" presididas por Porfirio Díaz en 1910, para darnos cuenta que, en lo esencial, ese magno festejo tuvo menos que ver con la renovación de los ideales de Hidalgo o Morelos y más con el deseo de justificar ante propios y extraños 33 años de paz y gobierno autoritarios.

El 21 de mayo de 1895 -en el porfiriato maduro- nació en Jiquilpan, Michoacán, en el seno de una familia de clase media provinciana, Lázaro Cárdenas del Río. Fue el tercero de ocho hijos que procrearon Dámaso Cárdenas y Felicitas del Río. Cuarenta años más tarde, ese niño habría de dejar una huella profunda en México y América Latina por lo que decidió hacer con el poder político que le fue confiado por la élite revolucionaria en 1934. Lo que ocurrió en la biografía del general michoacano

entre 1895 y 1935 es historia menor, lo trascendente se inició a mediados de ese año, cuando el joven presidente -a quién casi todos suponían un mero apéndice del "Jefe Máximo" de la Revolución Mexicana, Plutarco Elías Calles- decidió independizar la presidencia de la tutela del general Calles y transformarla en el instrumento del cambio social más hondo y vertiginoso en la historia del México independiente.

### **A la Altura de las Circunstancias.**

En 1947, Daniel Cosío Villegas, en un duro juicio, aseguró que ninguno de los hombres de la Revolución estuvo verdaderamente a la altura de las exigencias. Aceptemos la afirmación; frente al modelo ideal, todos nuestros héroes cívicos, de este y otros siglos, tienen fallas importantes. Sin embargo, y como también lo advirtiera 23 años más tarde el propio historiador de la **República Restaurada** y **El Porfiriato**, a la hora de evaluar a la persona y a la obra del presidente Cárdenas, quedaba claro que muy pocos líderes mexicanos, presidentes o no, pueden ponerse a su lado sin desmerecer.

No es necesario negar los errores políticos del presidente Cárdenas -los tuvo- para afirmar que ese joven de 18 años que en julio de 1913 se incorporó a la revolución como capitán segundo del estado mayor del general Guillermo García Aragón, supo en su momento cumplir plenamente con la ética del político: la de la responsabilidad. Se puede decir algo semejante de Madero o de Carranza, pero no sobre quienes sucedieron a Lázaro Cárdenas en la conducción del gobierno y del Estado mexicanos. En realidad, es la irresponsabilidad, la corrupción, la ineficacia e incluso

la mala fe, lo que ha caracterizado a los presidentes -y a los hombres de los presidentes- de los últimos decenios. Con el paso del tiempo -la prolongación del monopolio político- los rasgos negativos de la élite política postrevolucionaria se han acentuado hasta llegar a ser su distintivo.

### **El Sentido de la Responsabilidad.**

Hoy que la revolución Mexicana es historia y que su espíritu ya no influye en el ejercicio del poder público, debemos celebrar aquellas virtudes cívicas del presidente Cárdenas que, por lo conspicuo de su ausencia, hoy se hacen cada vez más notorias.

La virtud fundamental del general Lázaro Cárdenas -la que nos impide considerarlo no como personaje de un pasado ya resuelto sino como parte de nuestro futuro-, es su sensibilidad frente a la injusticia, su sentido de la responsabilidad del poder ante los millones de mexicanos dejados de lado por las sucesivas olas de la historia. En su discurso y en su acción, el presidente Cárdenas partió de un hecho tan simple como rotundo: la sociedad mexicana vivía aprisionada y trabada por una enorme injusticia, producto de la larga experiencia colonial y acrecentada por la brutalidad del liberalismo decimonónico. Para el presidente Cárdenas, era justamente el México profundo -para usar el término de Guillermo Bonfil-, al que había que reconocer, revalorar, apoyar y colocar en el centro del proyecto político. El futuro debía construirse en función y para beneficio del México pobre, indígena, campesino y proletario; del México despreciado, manipulado y explotado por sus clases dirigentes.

Como revolucionario, el general Cárdenas recorrió el país de arriba a abajo, vivió las miserias, angustias, humillaciones, esperanzas, reclamos, esfuerzos y logros del mexicano común, del mexicano real. No fue, desde luego, el único líder de su época que tuvo tal experiencia, pero a diferencia de la mayoría, Lázaro Cárdenas vivió ese México con un profundo sentido de la injusticia histórica y de las posibilidades de la política para darle respuesta al reclamo centenario.

En el presidente Cárdenas la conciencia del viejo agravio del México popular se unió a un optimismo genuino. El joven general-presidente nunca perdió la confianza en las capacidades de sus conciudadanos. Para él, una vez que las comunidades campesinas y los sindicatos tuvieran en sus manos los instrumentos para transformar su situación, no serían inferiores a nadie. Cárdenas no sólo fue poseedor de un gran sentido de justicia, equidad y honestidad, sino también de un gran optimismo en relación a las potencialidades mexicanas.

Tras la independencia, los mexicanos habían sido declarados formalmente iguales ante la ley, pero esto nunca pasó de ser una ficción. Desde la perspectiva cardenista, había unos mexicanos más profundamente mexicanos que otros, y esos mexicanos esenciales eran justamente aquellos a los que el poder colonial y el poder liberal del siglo XIX, habían marginado, degradado y negado. Para el presidente michoacano, el compromiso del poder debería ser básicamente con ellos, para nivelar la desigualdad de siglos: México no tenía sentido ni era viable si se continuaba insistiendo buscar la modernización por la vía de blanquearse,

européizarse o americanizarse. Sin xenofobias absurdas pero con patriotismo real, el Plan Sexenal propuso un proyecto nacional en donde el grueso de la acción política tuviera como meta elevar lo mexicano por sobre lo externo, y adentrarse en el futuro sin renegar del mexicano real. Se podía ser moderno sin dejar de ser indígena o rural.

Al iniciarse el decenio de los años treinta, la reforma agraria ya había sido declarado capítulo cerrado por los sonorenses. El callismo ya no le veía sentido económico o político al reparto de la tierra. Desde su óptica, las grandes unidades de producción eran las únicas con capacidad para entender y competir en el mercado. El presidente Cárdenas rechazó esa visión economicista, revivió el agrarismo y lo transformó en la medida de la justicia sustantiva. El objetivo final del cardenismo fue usar la reforma agraria para cerrar la gran brecha histórica que, de hecho, aún mantenía dividida a la sociedad mexicana en una especie de república de españoles y criollos por un lado y por el otro la de indios, como en la época colonial. Para Cárdenas, en esas condiciones, era imposible la construcción de la nación y del Estado mexicanos.

El México de entonces aún no era urbano, pero la ciudad existía y requería ser tomada en cuenta. Para ese mundo citadino y fabril, el cardenismo apoyó al sindicato y a la cooperativa, con la esperanza de crear una industria al servicio de la sociedad mayoritaria: la rural. Buscó crear un mundo industrial organizado en cooperativas, que hiciera del obrero la contrapartida del ejidatario. Este proyecto finalmente no cuajó,

pero abrió la ventana a la utopía, como bien lo señalara Adolfo Gilly.

### **El Nacionalismo.**

La confianza del general Cárdenas en sus propias capacidades y en las de la sociedad mexicana, cristalizaron en un nacionalismo no agresivo, constructivo. La expropiación y nacionalización de la industria petrolera fue el momento cumbre de ese nacionalismo, piedra fundamental del proceso de consolidación del estado nacional moderno.

Cuando se nacionalizó el petróleo, hacia ya tiempo que el general Calles había dado -y perdido- la batalla por ese gran recurso natural. El acuerdo de fines de 1927 entre el presidente Calles y el embajador norteamericano Dwight Morrow, había significado aceptar que la soberanía mexicana tenía límites muy concretos: México no podía interpretar el párrafo IV del artículo 27 constitucional -el que nacionalizaba los hidrocarburos y declaraba sin vigor la legislación del Porfiriato- en un sentido contrario al interés norteamericano. El interés externo tenía prioridad sobre el interno.

El acuerdo Calles-Morrow fue el sucesor de otro acuerdo: el de Bucareli de 1923, donde también el interés externo se había impuesto sobre el mexicano en materia de petróleo, reforma agraria y reclamaciones. Carranza también había sido doblegado por la presión externa en 1919. La batalla de Cárdenas por el petróleo era, pues, la cuarta. Fue la más inteligente -explotó magistralmente las divisiones entre las grandes potencias y movilizó el apoyo interno- y donde hubo la mayor voluntad

política y la mayor confianza en el apoyo popular. El decreto del 18 de marzo y la pugna con Estados Unidos y Gran Bretaña que siguió, lograron arraigar la confianza de los mexicanos en si mismos tras una larga historia de fracasos, traiciones y dudas sobre su futuro.

### **El Presidente Cárdenas y el Porvenir.**

La manera de concebir la política del presidente Cárdenas, los fines para los cuales usó el gran poder que supo acumular y su honestidad personal, adquieren hoy el significado de una alternativa frente al desolador panorama de la actualidad. En el presente, como pocas veces, los líderes y el sistema autoritario y corrupto que los formó y encumbró, no están a la altura de las circunstancias, y el costo social de su fracaso ha sido altísimo.

Lázaro Cárdenas del Río simboliza la conciencia herida frente a la injusticia, la responsabilidad personal en el ejercicio del poder, la confianza en la capacidad de la sociedad mexicana para imponer el interés nacional sobre el de los poderes externos y lograr construir una forma superior de vida. Por todo ello, al general Cárdenas, el estadista, hay que recordarlo no sólo en los aniversarios, sino todos los días.